



sólo en contadas ocasiones el género ha tenido a su disposición los medios materiales que requiere por derecho propio. Pero, en último término, no sería esto lo más grave. Lo más grave es que sólo en raras ocasiones se han acercado a él realizadores de auténtico talento, que creyeran en la importancia y seriedad de lo que estaban haciendo. Cuando el fenómeno se produce, ahí están las obras maestras que son el «2001», de Kubrick, y el «Je t'aime, je t'aime», de Resnais, o, remontándonos a los «clásicos», el fabuloso «King Kong», de Cooper y Schoedsack. O, en otro registro, el «The damned», de Losey.

Pero el problema no se agota ahí. Es, igualmente, ideológico. En general, también, el film de fantasía, planteado en términos más o menos científicos, acaba siendo un canto al conformismo, una renuncia al progreso llevado a sus últimos extremos. El inventor, el sabio, el profesor, acaban renunciando a su descubrimiento, «que podría acarrear males sin número a la Humanidad», cuando no lo destruyen por sus propias manos. El inmovilismo triunfa, y «el querer compararse a Dios» —es frase que se oye con frecuencia en las obras del género— acarrea las mayores desgracias. Por ello, resulta extremadamente agradable la coincidencia en las pantallas de dos películas de diferentes épocas —ocho años separan sus respectivas realizaciones— que, al menos en este aspecto, juegan limpio. En efecto, tanto «¿Qué sucedió entonces?» —la más reciente— como «El tiempo en sus manos» no se sitúan contra la ciencia, sino a su favor. «El tiempo en sus manos» es adaptación de «La máquina del tiempo», de H. G. Wells, y si bien en lo que se refiere a la descripción de la sociedad del futuro, el «socialismo utópico» del escritor ha sido traicionado en parte, no ocurre lo mismo en lo que se refiere en su postura ante la ciencia y su progreso. Es más, éste servirá para la realización de un amor más allá del tiempo. «¿Qué

sucedió entonces?», por su parte, perteneciente a la serie que tiene como protagonista al doctor Quatermass, es un intento de teoría demonológica, de explicación por métodos racionales de las supersticiones del pasado, ancladas aún en nuestra civilización. El hallazgo, en una estación de «metro» londinense, de una extraña nave procedente de otro planeta, y llegada al nuestro, hace millones de años, pone en marcha una serie de acciones que enfrentan a científicos con celadores del orden, inclinándose en todo momento los autores a favor de los primeros.

Ahora bien, los temas de ambos films, apasionantes, y las posturas de sus autores, lúcidas y honestas, no son alcanzados por la puesta en imágenes, de una espectacularidad primaria, en el primero, y de una carencia de imaginación y medios total, en el segundo. La invasión progresiva de Londres por los extraterrestres incrustados en el cuerpo —que necesitan— de los hombres, el terror subterráneo prolongado a través de los milenios, son más literarios que cinematográficos. La imagen no los traduce más que en mínima medida. Y lo mismo ocurre con la máquina del tiempo del otro film, encantadora como artefacto —en su cuadro de mandos figura la inscripción «manufactured by H. George Wells»—, pero que conduce a un mundo en cuya creación George Pal, especialista del género y en particular de su vertiente «space opera», no ha derrochado precisamente imaginación. Por otra parte, en el film, que se ha estrenado con nueve años de retraso, se produce una inversión de tiempos que le da un atractivo suplementario, al presentarse como «futuro» lo que ya, en el momento de su estreno, es «pasado», es decir, el año 1966. Lo que, en último término, demuestra la cantidad de sugerencias que el juego con el tiempo, en un momento en que la conquista del espacio está al alcance de la mano, ofrece a quien de verdad sepa llevarlo a sus últimas consecuencias. ■ C. S. F.

que nadan, seguramente sin ninguna raíz honda, islotes culturales o incluso personalidades aisladas, cercadas por un ambiente hostil. Ya Simone de Beauvoir, en sus excelentes «Mandarinnes» —habrá que volver sobre esta novela siempre que se quieran entender verdaderamente las contradicciones vividas por los intelectuales a partir de la guerra mundial—, nos retrató a un Nelson Algren retraído, marginado, «out» con respecto al «establishment», que podía encarnar perfectamente la figura del escritor norteamericano del tiempo. Desde entonces a hoy se han sucedido las tendencias y se han producido conatos de escuelas —sólo conatos, siempre frustrados— como, por ejemplo, la representada por la «beat generation», que ha tenido en Jack Kerouac a su máximo intérprete. Una de las obras más celebradas de Kerouac ha sido vertida al castellano por el editor Luis del Caralt («Ángeles de desolación»), título de una tremenda expresividad por cuanto encierra, simbólicamente, de ambición y de fracaso. Estos nuevos franciscanos envueltos en el vértigo de la droga o del sexo, se sintieron a la vez inclinados, como reacción, quizá, contra las grandes abstracciones —índice «ideológico», en el sen-

tido peyorativo de este término, de una sociedad en «impasse», presidida por valores caducos—, inclinados, digo, hacia las fórmulas existenciales más sencillas y directas. Podríamos afirmar asimismo, tal vez, que la «beat generation» no pasó de ser la traducción americana —muy tardía— del existencialismo francés en sus formas más espúreas, sin olvidar la fabulosa gravitación —también tardía— de la literatura de Henry Miller, con su emulsión de cinismo y pureza vital. Tampoco hay que prescindir, si se quiere lograr una definición más aproximada, del papel de lo lúcido, de la fiesta, de lo gratuito, de lo sistemáticamente anti-conventional, dentro de este grupo de escritores, incoherente y mal trabado. Ello no debe oscurecernos los valores estéticos desplegados en sus mejores logros por sus representantes mayores. Hay que citar a Ginsberg entre los primeros por el enorme desafío explícito en su obra. Hay que citar también a Burroughs.

A la luz de esta circunstancia debemos considerar «Ángeles de desolación», neorromántica —o seudorromántica—, obra que nunca alcanza la dureza ni la violencia feroz de un Miller y que, seguramente, nos llega demasiado tarde, cuando la «protesta» yanqui presenta perfiles de trazo más firme y se asienta sobre un sistema de referencias más sólido. El pacifismo sin más —nihilismo al fin, pero escaso de factores destructivos que lo justificarían—, el budismo Zen, o el amor a la naturaleza por odio a la sociedad —sin tratar de analizar los fenómenos básicos de esta última— ceden terreno ante la rebelión consciente y la hondura crítica de las nuevas generaciones, cualquiera que sea su apellido. Sin embargo, hay que reconocer que si se quiere construir una imagen correcta de la América del macarthismo y la caza de brujas, del puritanismo y la reacción desenfundada y ciega, habrá que contar con el contrapunto de este extraño, y pintoresco, sincretismo de la generación «beat».

■ E. G. R.

## JACK KEROUAC ANGELES DE DESOLACION



## DAMASO ALONSO DIRECTOR DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA

El autor de «Hijos de la Ira» (1944), de «Las Soledades de Góngora» (1927), el profesor —ya jubilado— en la Cátedra de Filosofía Románica de la Universidad de Madrid, ha sido designado por unanimidad para suceder como director de la Academia de la Lengua al que fue su maestro, don Ramón Menéndez Pidal. Estas hixas del poeta, filólogo e historiador de la literatura española, del profesor y académico, no suponen más que el esquema de una vida y una obra verdaderamente ricas. Así, de su labor docente no pueden pasarse por alto los cursos dados en varias Universidades extranjeras como profesor visitante (Oxford, Harvard y Berlín). Junto a «Hijos de la Ira» —libro que haría virar la poesía española de un lirismo escapista a un enfrentamiento con los problemas muy vivos entonces en Europa de tipo existencial y a una poesía de protesta—, deben ser reseñados «Poemas puros, poemillas de la ciudad» (1921), «Oscura noticia» (1944), «Hombre y Dios» (1955). El investigador y crítico que surgió con «Las Soledades», descubriría las jarchas mozárabes y se entregaría en numerosos artículos y ensayos al estudio de Berceo, Hita, Poema del Cid, Garcilaso, Fray Luis de León... o en libros a la poesía de San Juan de la Cruz y de los poetas españoles contemporáneos. De 1960 data su edición prolongada y anotada de «Polifemo». Creador, erudito, maestro, le llega a los setenta años recién cumplidos este reconocimiento social. Ello sería insuficiente si la validez de su obra no nos obligará a un conocimiento mejor de ella.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Michel Bosquet, Copi, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Goicochea, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, J. Pietraiki, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifra y Archivo.

## «ANGELES DE DESOLACION»

### El final de la generación «beat»

No es incurrir en desmedido sociologismo —peligro obvio, del que somos conscientes, cuando intentamos huir de la simple valoración intrínseca de una obra, de la pura consideración de sus virtudes immanentes— si, al estudiar la literatura norteamericana de hoy, la

que ha recibido el legado de los grandes de los años veinte y de sus epígonos —de Hemingway a Caldwell, de Scott Fitzgerald a Steinbeck, etc.— la explicamos, también, en función del papel social del escritor en un contexto profundamente traumatizado, sobre el